



WHITE, Michael: Giordano Bruno, el hereje impenitente. Javier Vergara Editor. Buenos Aires, 2002.
Título original: *The Pope and the Heretic*.
Traducción : Albert Solé

Tema: Historia.

Siempre llama la atención la aparición de biografías de personajes que, como Giordano Bruno (nacido en Nola en 1548), se mantienen presentes en la memoria a lo largo de la historia y el tiempo. Y esto gracias a quienes tienen el interés de indagar sobre aquellos que fueron factor de discusión y controversia en los paradigmas que imperaron en una época. En el caso que nos ocupa, el biografado tiene la doble particularidad de ser sacerdote (fraile dominico) y hereje, juzgado y condenado por la Inquisición a morir en la hoguera a comienzos de 1600.

Tal es el personaje que nos presenta Michael White en su libro: *GIORDANO BRUNO, el hereje impenitente*, en el que nos muestra algunas facetas de su proceso y ejecución, mezcladas con episodios que tratan de ilustrar una época que fue convulsiva, tanto en el orden eclesial (recordemos que en la primera mitad del Siglo XVI la Iglesia católica sufre las escisiones del protestantismo, anglicanismo y calvinismo), como en el orden científico, con los trabajos de Copérnico y Galileo en los ataques al sistema tolemaico imperante en la astronomía y a toda la física aristotélica.

Es natural, entonces, que esa segunda mitad de dicho siglo fuera el escenario y fuente en los que Bruno tomara alimento y con su ingenio, su dialéctica irreverente y poderosa, aunada a una memoria prodigiosa, contribuyera al gran debate de cómo armonizar lo científico y lo teológico, convirtiéndose en uno de los miembros más representativos del Renacimiento.

White nos presenta a un Bruno filósofo, científico, erudito y místico, epítetos que se acomodan sólo parcialmente a la verdad: filósofo y erudito sí, pero lo de

científico y místico resulta demasiado generoso. Además, se le escapó al biógrafo reconocerle a Bruno el carácter de teólogo, porque si bien es cierto que algunas ideas de su concepción de Dios, de Jesucristo, del Espíritu Santo y de la creación tuvieron desvíos notables, lamentablemente no mencionados por el autor para facilitar la comprensión del pensamiento de Bruno, sí plantearon a la Iglesia disputas que obligaron a sus teólogos a estudiar y refutar.

Las andanzas de Bruno le llevaron por la Suiza calvinista, por la Alemania luterana, por la Inglaterra anglicana e, incluso, por la Francia católica, lugares donde fue recibido por sus representantes más altos; en Francia, por ejemplo, llegaría a ser recibido por el propio rey Enrique III quien le prestó una especial atención. Pero de todos estos sitios salió rechazado, sin que sus ideas sobre la infinitud del universo y la participación divina de todos los seres creados pudieran ser aceptadas o, digamos benévola, comprendidas (para citar una sola de las tantas disputas planteadas).

El biógrafo decora la atmósfera de la época, con comentarios sobre los actores y procesos inquisitoriales que en nada ayudan a comprender la personalidad y obra de Bruno y que le restan objetividad al análisis y exposición de la misma. Seguir insistiendo en aquellas actuaciones de la institución eclesial que ya el Papa Juan Pablo II zanjó cuando reconoció los errores cometidos por sus miembros, y por los cuales pidió perdón, solo sirve para alimentar un sentimiento de culpa que no trae ningún beneficio a nadie. Aceptar que la Iglesia canonizó a Belarmino como recompensa a su participación en el juicio contra Galileo es del todo tendencioso, como lo es, también, traer a recuento las descripciones extensamente detalladas sobre los métodos de tortura que empleaba la Inquisición y deducir, aun reconociendo que no existe documento alguno que lo confirme, que las torturas que debió de sufrir Bruno por parte de ella fueron como las que sufrió Tommaso Campanella. Además, hablando de este último, se le olvidó mencionar que Campanella salió libre y murió de muerte natural en Francia al igual que Galileo en Italia.

Pero para White es interesante resaltar cómo toda la trama de la persecución, captura y proceso por parte de la Inquisición, fueron maniobras premeditadas por la Iglesia para acabar con Bruno y aceptadas por éste, con el objeto de tener una última oportunidad de encontrarse con el papa Clemente VIII y exponerle su proyecto de una nueva religión que acogiera todos aquellos conocimientos y teorías antiguas que estaban en boga.

Para finalizar, el autor hace una auténtica vorágine fantasiosa con las posibles influencias del pensamiento de Bruno en hombres que, como De Broglie, Schrödinger, Dirac, Heisenberg, Bohr, Shakespeare, Kepler, Huygens, Goethe, Leibnitz, Popper por citar algunos, dominan tan diversos campos del conocimiento y las artes y en donde, según opinión de White, se encuentran los vestigios y las ideas iluminadoras del nolanio

La traducción presenta algunas inexactitudes históricas que no afectan la presentación global de la obra y que sería muy bueno que fueran corregidas en el futuro. También hay que reconocer la falta de análisis en lo que respecta a la

conexión de Bruno con la tradición hermética, porque es ahí donde, en opinión de Frances Yates en su magnífico libro, se encuentra la clave para entender mejor sus ideas , y que muestra esa corriente de pensamiento que se inicia en los primeros siglos de nuestra era y que tiene reminiscencias del viejo Egipto, que aún resuenan en nuestros oídos.

Evaristo Ayuso M.
Octubre de 2002

Público: Culto. Historiadores y aficionados a la Historia. Teólogos . Humanistas.